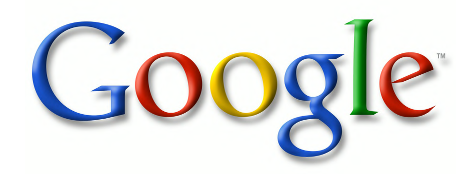
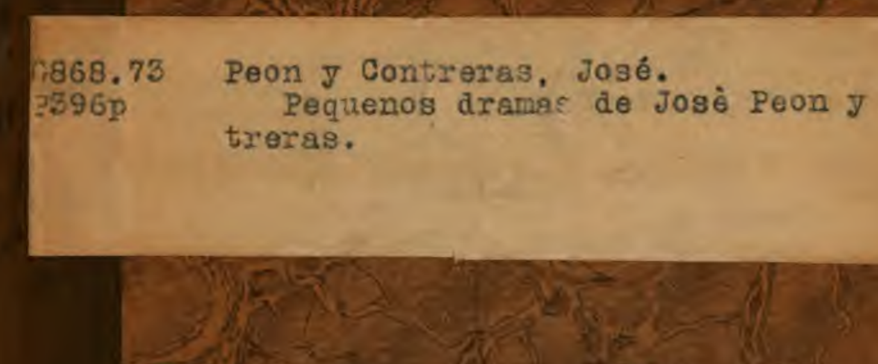

Google



PEQUEÑOS DRAMAS

DE

JOSE PEÓN Y CONTRERAS.

EDICION DE "LA VOZ DE HIPOCRATES."

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE GUILLERMO VERAZA,

Calle de la Canoa núm. 6½

1888.

PEQUEÑOS DRAMAS

DE

JOSE PEON Y CONTRERAS.

EDICION DE "LA VOZ DE HIPOCRATES."

MEXICO.
TIPOGRAFIA DE GUILLERMO VERAZA,
Calle de la Canoa núm. 6½

1888



PEQUEÑOS DRAMAS DE



SR. D. FRANCISCO PATIÑO.

México.

Te envío estos veinte romances que escritos fueron en testimonio de viva y honda simpatía, para el album de una jóven y noble dama, rindiéndole con ellos homenaje, humilde pero sincero, de admiración profunda á su excepcional, privilegiada inteligencia.

Quedar debieron guardados, tal vez por mucho tiempo, en las páginas de aquel libro; mas, por motivo especialísimo, salen hoy al mundo de las letras sin que por eso dejen de ser, como siempre, ofrenda de eterno culto.

Aparecen por esto mismo, destituidos de pretensiones, tales como se escribieron, sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido ávidas de espacio, de horizontes y luz, sin preocuparse del color de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden.

Mérida, Enero 12 de 1887.

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

UNA PALABRA AL AMIGO

Y UN

TRIBUTO DE ADMIRACIÓN AL POETA.

LA obra que hoy publicamos, es una nueva producción del inspirado poeta, el Sr. Dr. José Peon y Contreras, con la que hacemos un valioso obsequio á nuestros abonados; pues conocemos en todos y cada uno de ellos el amor á lo bello, y su decidido empeño por el progreso de la literatura nacional.

Esta PRIMA DE SUSCRICIÓN, es el precioso libro que el vate yucateco ha puesto en nuestras manos, apenas salido de su pluma.

Cada verso de Peon es un nuevo canto del genio.

Todavía no se comprende ni se aprecia demasiado, el talento de ese nuestro compatriota, que con modestia sin igual pulsa su lira, como ignorando cuán mágicos son los acordes que de ella se desprenden.

En su bellísimo romance " Ida, " se extasía el alma. Dice así:

" ¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!
¡Lástima que no se escuchen
esas frases que se pierden
donde van los pensamientos
llenos de amor á perderse!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe!
Y lágrimas y suspiros
y esperanzas sólo tienen
el alma pura de Ida
y el corazón de Ruy Perez. "

Leanse con cuidado los nuevos ROMANCES de Peon, siempre el mismo, siempre la ternura y el amor, campeando en las soberbias tiradas de sus versos; como campea la aurora en el cielo de la mañana.

" Algo indefinido y vago,
como la dicha soñada,
algo que ven á lo léjos
no mas los ojos del alma,
que el pensamiento adivina
que sospecha la esperanza,
como una luz que se enciende,
como una luz que se apaga;
visión que en el fondo azul
del horizonte se lanza,

que como la nube flota,
que como la nube pasa,
imágen de un ser que alumbra
el rayo de la mirada,
á quien dá la noche formas,
á quien el dia dá alas,
color la luz apacible
de la luna hermosa y pálida,
aliento aquel que le roba
á la flor, pasando el aura;
voz el ave que suspira
en la selva solitaria,
alma el cielo, y el amor
sonrisas, besos y lágrimas. "

Muy pocos de nuestros poetas han pulsado con el mismo esquisito sentimiento, esa lira de las cuerdas de oro que produce las vibraciones del amor y al propio tiempo evoca en la imaginación los hermosos recuerdos de la Historia, las bellas aventuras romancescas y las legendarias hazañas de los héroes.

Su última producción, los POEMAS que hoy principiamos á dar á la estampa, bien indican, que lejos de caminar al ocaso el genio de nuestro fecundo vate, parece que el tiempo vuelve más sentidas las notas con que despierta los nobles sentimientos del alma.

" En su mano y en su frente,
y en su mejilla hechicera,
la lozana palidez
de la flor de la Gardenia;
sus labios hojas de rosas,
las más rojas y más tiernas;
sus ojos como esas noches
en que no alumbra una estrella,

más oscuros que las ondas
de su hermosa cabellera,
donde hay dorados reflejos
y fulgores y tinieblas.
¡Qué sonrisas en sus labios
en que el aura se embelesa,
cuando sus alas los tocan,
cuando sus besos se llevan!
¡Qué miradas en los ojos
que se abren, que se cierran,
que se entornan, que parece
que de sombra y luz se llenan!
y bajo el labio qué hoyuelo,
y qué pestaña tan negra!
¡y qué líneas, y qué curvas
en los arcos de las cejas!
así el niño la sonríe,
así el alma la sospecha,
y así la idolatra el hombre,
¡y así la sueña el poeta! "

Se comprende que muchos de esos versos han sido inspirados allá, en el suelo que le vió nacer, entre el suave vaiven de las palmeras y el blando arrullo de los platanares, en el silencio de la soledad y en presencia de las llanuras y desiertos que circundan la península yucateca; allí seguramente ha soñado esos relances caballerescos que describe con inspirado acento; allí, cerrando los ojos, adormecido con el susurro de los vientos, debe haber entrevisto á sus hermosas damas y sus nobles donceles, lidiando en las batallas del amor y en medio del fragor imponente de las pasiones.

" Dile que vendrá el de Soria,
dile que si se la entregas,

que si has de entregarla viva....
ó si has de entregarla muerta....
—Si dice que viva......
—Entonces
si dice que "viva" déjala.
—Si dice que muerta.......
—Entonces
en su seno esta arma entierra,
de un solo golpe, hasta el pomo,
rápido, que no padezca;
no le des tiempo á que enjugue
el llanto que por mí vierta"—
Y al decir esto Cristián
se limpió con mano trémula
una lágrima, y su daga
desnuda, entregó á Cardeña."

El poeta abandona por un momento el campo de la escena donde tantos laureles ha ceñido y tantas ovaciones ha alcanzado. En el retiro de su gabinete forja sus personajes, se identifica con sus héroes, les da vida, esa vida luminosa, por expresarnos así, que constituye la creación del genio.

Como un homenaje á los avances de la literatura nacional, publicamos este precioso libro que, repetimos una vez más, consideramos como el obsequio más valioso que ofrecer podemos á nuestros suscritores.

El idealismo de Peón, flotando en los campos de lo infinito, viene á dar forma á creaciones que solo una imaginación de fuego puede concebir:

Tenues nubes vaporosas,
copos de espumas rizadas,
sutiles ondas de humo,
encajes de filigrana,

de sombras crepusculares
girones de leves gasas,
en derredor de la luna
ya se mezclan, ya se apartan. "

Su sencillez en el lenguaje al expresar un sentimiento tan elevado, tan lleno de amor, como en las palabras de " Esperanza " al ver sus ilusiones defraudadas por no haber recibido la carta de su apasionado Rodrigo que ignora yace en la tumba, conmueve:

" Murió, y al morir, sus labios
dijeron estas palabras:
¿En qué pensará Rodrigo
que no contesta mi carta? "

Una de las bellezas que más cautivan en las poesías de Peon, es la hermosa descripción de sus heroinas, los bellísimos tipos que presenta, mezcla de lo ideal y de lo real; mujeres que parecen flores impalpables, y que sin embargo, de su cuerpo se exhala el aroma embriagador de las pasiones; mujeres que sueñan con el amor y que despiertan afrontando valerosas los rudos combates de la vida.

" Las flores sobre la tierra,
las estrellas bajo el cielo,
y entre estrellas y entre flores
y entre perfumes y besos,
con los labios como rosas,
los ojos como luceros,
vive Sara, flor y estrella
del corazón de Don Diego. "

Las tiernas, las dulces vibraciones que se desprenden de su lira, son tan tenues, tan armoniosas que ca-

si parecen vienen á espirar junto al oido, haciendo sentir las palpitaciones del corazón del enamorado doncel.

"D. Diego" que todo es amor, canta su serenata en tan sentidos versos, que recuerdan, semejan en un todo á los del inspirado é inolvidable Goethe.

" Para tí la luz del dia
que tu corazón alegra,
para mí la noche negra
que es muy mia,
que la adoro;
pues que entre sus sombras lloro
por tu amor y por tu encanto;
para mí su negro manto,
para tí su manto de oro.

Para tí luz y colores
porque venturosa fuiste:
para mí que vivo triste,
tristes flores,
pues con ellas
alimento mis querellas
y quebranto mis congojas,
para mí las secas hojas,
para tí las hojas bellas. "

Su ardiente imaginación concibe en algunos de sus romances un fin terriblemente dramático para aquellas de sus damas que como á "Sara" la hace aparecer llena de hermosura á la vez que desgraciada. Baja herida á la tumba, sin fé, sin ilusiones, llevando tan solo grabadas en el alma las tristes decepciones de un amor imposible.

" Pero es fama que una noche,
despues de un cantar que oyeron,
oyeron como un gemido
de la noche en el silencio,
oyeron en las baldosas
como que chocaba un cuerpo,
un cuerpo que se caía
como cuando cae un muerto. "

Las heroinas de Peon están descritas en sus versos con los hermosos colores de la verdad: casi se las ve asomadas unas veces al morisco ajiméz, otras á la reja de su ventana, más allá una recorre las calles del jardin en espera de su enamorado galán, casi se las oye pronunciar esas palabras que son el canto del amor, y cuando á veces la paloma se convierte en águila, el poeta, en alas de su fantasía, nos hace asistir á esa trasformación solemne: siempre el amor preside como dirigiendo el destino de la mujer.

" Iñigo estaba en la calle,
y en un balcón el divino
rostro de Taide, asomado
por el hueco del postigo.
Guardaba el viento las últimas
dulces palabras de Iñigo,
cuando con acento trémulo
la hermosa dama le dijo:
"qué fueron vuestras promesas
invenciones ó capricho" . . . . . .
—Os lo juro por mi vida,
Taide, os amo; os lo repito;
esperad y amadme; ¡el tiempo
de mi amor será el testigo!

se oyó de una alma el sollozo,
se oyó de una alma el suspiro,
pasó un instante.... Más largo
no pasa rodando un siglo! "

Vése tambien en las composiciones de nuestro poeta una inimitable dulzura para pintar la naturaleza; sus vergeles no solo tienen flores y perfumes, sino la luz divina con que el genio forma verdaderas creaciones con sus deslumbrantes ideas; allí se revela el poeta, el soñador, en medio de esos vergeles que en vano pretendería trasladar al lienzo el pintor más inspirado.

Oigámosle cómo canta la actitud de Eduwigis sobre las playas del oceano:

" Fija la vista en el agua
que está sus plantas lamiendo,
está una hermosa doncella
más hermosa que un ensueño:
tiene en gajos el oscuro
y destrenzado cabello,
dado á los besos del aura,
dado á las alas del céfiro,
y tiene dada su frente
al arpón de un pensamiento.
Y su pecho á los suspiros
que se lo desgarran dentro,
y sus ojos y sus párpados
á sus lágrimas de fuego,
que sus mejillas abrasan
conforme se van cayendo,
cayendo sobre los lábios
de coral húmedo y terso
donde la palabra espira,
donde espira hasta el aliento,

porque están como la playa
y como el mar en silencio. "

En otras veces el aspecto de la naturaleza lo hace prorrumpir en inspirado canto, cuyas notas, como en un espejismo, nos presentan el cuadro que el pintor ha soñado.

En uno de sus más bellos poemas, y al que intitula " Esperanza, " así nos describe el cuadro donde su escena se desarrolla:

" En vago tropel las nubes
del manso viento empujadas,
sobre la faz de la luna
se arremolinan y pasan,
parecen palomas negras,
parecen palomas blancas,
que ya sus alas confunden,
que ya separan sus alas,
que, ó velándola del todo,
ó en partes, van dispersadas
en el lago azul del cielo,
cercando el bajel de plata. "

Peon Contreras no puede disimular su afición al arte dramático: en sus últimos ROMANCES se advierten verdaderos efectos teatrales, que sobre la escena harían prorrumpir al espectador en un aplauso: concibe el drama y lo desarrolla en unas cuantas líneas, terrible, palpitante, lleno de trágicas escenas, y sintiéndose en él cómo ruge la tormenta de las pasiones.

" Y exhala el alma, y la diestra
antes tan rígida, afloja......

solo ven entre sus dedos
en marco de oro, la hoja
de un marfil blanco y bruñido
sin un perfíl ni una sombra,
y fué que envuelta en su alma
misma, Fray Servan de Rojas,
se llevó al cielo la imágen
que era su amor y su gloria. »

Cada uno de sus cantos es un drama cuyas escenas pasan rápidas, y entre cuyos diálogos se percibe el genio del dramatista que canta en notas de oro las debilidades, las grandes palpitaciones del corazón humano.

« —María!
—Padre!
—Qué tienes?
—Es un malestar tan hondo,
que siento que no respiro
que siento que me sofoco.
—Sal María.
—Es que no puedo.
—En un tiempo.....
—El tiempo es otro.
—Haz un esfuerzo.
—Imposible.
—Busca el aire.
—El aire es poco.
—Busca tus flores.
—Mis flores
murieron con el otoño,
y ó volaron con el viento
ó se hundieron en el polvo.
—Dime que tienes, María.

—¿Qué tengo, padre? conozco
Que voy á morirme....
—Calla!
Que voy á morirme pronto."

En el romance llamado "Aldáz" percibimos todo un drama desarrollado á grandes rasgos, algo como una figuración Scribe, pero enteramente original y digna de ser llevada á la escena de la tragedia.

" Dijo Aldáz...... brilló una cosa
como acero, blanca y negra,
se vió una mano en el muro
pálida, apoyarse trémula;
se oyó un suspiro muy triste,
más que suspiro, una queja......
¡como se quejan las almas
cuando se van y nos dejan!
....
Allá arriba, al otro dia,
unas azucenas muertas,
abajo el frio cadáver
de Aldáz sobre la banqueta."

Pocos poetas mexicanos nos presentan como Peon este conjunto de caracteres y aptitudes; su metro suave, cadencioso unas veces, otras terrible como la onomatopeya de la tempestad, se amolda, podemos decir, á todas las situaciones, porque tan bien canta los ensueños de la virgen que duerme tranquila bajo el níveo cortinaje de su alcoba, como canta el dulce quejido de la tórtola, que llama á sus polluelos en medio de las flores del vergel, como el lance tremendo en que el puñal desenlaza la acción, escuchándose en el epílogo el ruido de un cuerpo yerto que cae desplomado.

"Si de Mauro tocas, padre,
sólo una hebra del cabello,
si no mandas que contengan
la sangre que está perdiendo,
con este puñal que miras,
(y enseñó un desnudo acero)
voy á arrancarme la vida
que para Mauro la tengo!
Corrió Diana....pero inútil
fué su carrera y su esfuerzo,
cuando llegó ya era tarde
cuando llegó no era tiempo.
Clavó en el lecho los ojos,
tembló, como en tallo esbelto
tiembla la flor cuando siente
el soplo frío del cierzo,
brilló en su mano la hoja,
tomó la mano del muerto
y apretándola, apretándola,
entre sus siniestros dedos,
como el relámpago, rápido,
se hundió el puñal en el seno,
hasta que topó su mano,
y quedó hasta el puño dentro.

Admiramos tambien en nuestro poeta su dicción fácil, correcta y elegante al mismo tiempo que artísticamente conceptuosa: versos tiene que no desdeñaría Alfredo de'Musset.

¡Cómo es más bello en el alma
del bien, cuando se ha perdido,
el recuerdo misterioso,
el fantasma fugitivo!

es que el bien se hunde en la nada,
pero el amor de que vino
es eterno, que él no tiene
ni sepulturas ni abismos. "

¿Qué más pudiéramos decir del autor de los ROMANCES? ¿Qué más que su última producción en donde, como hemos dicho, queda manifiesto que su fecundo genio no se agota, que su estro no se eclipsa, y que todavía puede cantar mucho, para ceñir sobre su frente más coronas que aquellas que la admiración de sus compatriotas le ha ofrecido como homenaje á su talento?

Pepe: en estos renglones no encontrarás galanas frases: he sido demasiado atrevido al poner mi humilde prosa al frente de tus inspirados versos, ella no va adornada con el ropaje de la hermosura del estilo, digna del sublime estro del vate yucateco; pero sí están dictadas sus frases por mi corazón y por el profundo afecto que te profesa el último de tus amigos

FRANCISCO PATIÑO.



XIMENA.

I.

CELAJES en el oriente,
dosel de un sol que se ausenta,
sombras que flotan errantes
sobre la faz de la tierra;
flores que su cáliz abren,
flores que su cáliz cierran,
perfumes que se dilatan,
perfumes que se concentran;
aves que tornan al nido,
aves que del nido vuelan,
almas que al amor se duermen,
almas que al amor despiertan,
hora santa, hora bendita
para el alma del poeta;
hora en que el mundo se viste
su regio manto de estrellas.

II.

Una gran plaza sombría,
una casa solariega,
un atrio frente á la casa
y al fin del atrio una Iglesia.
La casa siempre en silencio,
siempre una luz en la reja;
la Iglesia siempre cerrada
y siempre un hombre á la puerta.
En la reja, muchas veces,
negra, inmóvil, la silueta
de una mujer, y en el atrio
la sombra del hombre, negra.
Y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

III.

Algun transeunte que pasa
las sombras mira, y al verlas

ó se detiene un instante
fijando la vista en ellas,
ó no se detiene, pasa;
pero las mira y se aleja
diciendo: "Pobre Manrique,
desventurada Ximena!"

IV.

Murió Ximeno Ximenez
en aquella casa vieja;
pero algunas horas antes
de que Ximeno muriera,
llamó á Nuño, el escudero
que con él luchó en la guerra;
el que curó sus heridas,
el que le sirvió la mesa,
el que cuando él no dormia
pasaba la noche en vela;
su amigo más leal, su perro....
y hablóle de esta manera:
—Nuño, Manrique de Luna
enamora á mi Ximena,

y mi Ximena le quiere
y no quiero que se quieran.
Tu sabes de un caballero
á quien hice una promesa,
y es preciso que se cumpla,
que se cumpla aunque yo muera.
Dí la mano de mi hija
á Sancho Lope de Ruela,
y que se case con Sancho
es mi voluntad postrera.
Así te lo mando, Nuño;
así lo mandé á Ximena,
y lo que de vivo mande,
muerto yo, mandado queda.
Y algunas horas pasadas
de que estas frases dijera,
murió Ximeno Ximenez
en aquella casa vieja.

V.

Y de aquella vieja casa
se abrió un dia la grán puerta,

y un gran señor muy apuesto,
y una gran dama muy bella,
y un escudero sombrío
y de mirada siniestra,
y dos gentiles mancebos,
y dos damas y una dueña,
salieron, y ya en la calle
ellos graves, graves ellas,
atravesaron el atrio
y se entraron en la Iglesia.

VI.

Y detrás de ellos, volando
como los pájaros vuelan,
salió tambien á la calle
un pajecillo que lleva
una promesa en el alma,
de oro una joya en la diestra,
un puñal en la cintura
y una carta en la escarcela.
De una suntuosa morada
hasta los dinteles llega,

y llama y su nombre dice,
y á pocos instantes entra.

VII.

Duerme Manrique de Luna
pero más que duerme sueña,
sueña que un soñado sueño
le está contando á Ximena.
"Ximena mía, le dice:
soñando estuve en aquella
ocasión afortunada
que te ví la vez primera,
cuando sentí que te quise,
cuando te miraba apenas,
cuando apenas te queria
y te ví tan hechicera.
¿Te acuerdas? cuando sentiste
que ya me amabas, Ximena,
antes de que me miraras
antes que me lo dijeras,
qué será, bien de mi vida,
qué será, si entonces era

chispa sólo, lo que es hoy
un incendio que nos quema?
Tanto te adoro, que estar
eternamente quisiera,
ó en la tumba sin tu amor
ó con él en esta reja.»
Así soñaba el de Luna
en fantástica quimera,
ilusiones mentirosas
y esperanzas lisongeras;
cuando llamándole quedo
le dijeron, en voz queda,
que despertase, que estaba
llamando Lope á la puerta.

VIII.

Entró Lope y al de Luna
le dijo con voz resuelta:
«Señor, á Ximena casan,
señor casan á Ximena;
dice, señor, que te adora,
dice que te dé esta prenda,

y que este puñal te entregue
y esta carta y que la leas.
—Léela tú, gritó Manrique
con voz como de tormenta,
—Léela tú, mientras me visto,
y leyó Lope:
"Despierta,
soy yo quien esto te envía:
la joya, para que creas,
el puñal, para que mates,
la carta, para que vengas."

IX.

Llegó Manrique de Luna
á la puerta de la Iglesia,
una mujer de rodillas
miró y un hombre junto á ella.
Al sacerdote en el ara
bendiciendo una promesa,
y se detuvo asombrado
y rugió como una fiera.
Brilló la hoja en su mano;

pero antes que traspusiera
el dintel sagrado, rayo
que el negro espacio atraviesa,
fugaz relámpago rápido,
deslumbradora centella,
cayó la espada de Nuño
sobre su noble cabeza;
y calló al suelo Manrique
bañado en su sangre mesma,
entre los brazos de Lope
que vé á Nuño y jura y tiembla.

X.

Todos luego se agruparon
en torno á Manrique, y cuentan,
que prescindió de la boda
don Sancho Lope de Ruela.

XI.

Como esas pálidas flores
que el invierno helado deja;

que en sus primeros halagos
fecunda la primavera,
en un pequeño aposento
que tiene sólo una reja,
solitaria y suspirando
se vá muriendo Ximena.
A su postigo de noche
se asoma, y entre la niebla
mira vagando en el atrio
de su amor la sombra negra....
¡A su Manrique!

XII.

Manrique
despues de la fiebre horrenda
de la doble y honda herida
de la alma y de la materia,
tornó al mundo....¿Qué es el mundo
qué sus sentidos rodea?
¿qué es el aire que respira?
¿qué el espíritu que piensa?
que es el cielo? No lo sabe.

Qué es la tierra? No está en ella.
Quedó una imágen en su alma,
en su cerebro una idea.
Con los ojos sólo mira
una pálida belleza,
palabras tiene en los labios;
pero palabras para ella.
Oidos que solo escuchan
una voz dulce y ligera,
como el rozar de unas alas,
como el vibrar de unas cuerdas!

XIII.

Manrique á las oraciones
cuando la campana suena,
camina desde su casa
hasta el atrio de la Iglesia,
y en voz muy baja murmuran
las gentes que á verlo llegan:
—"Allá vá Manrique, el loco,
que vá á ver á su Ximena."
Y es de ver cómo en el atrio

aquella sombra vaguea;
y aquella otra sombra inmóvil
y muda, tras de la reja,
y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

XIV.

Abriendo están un sepulcro
en el atrio de la Iglesia,
y mudo el loco, veia
cómo sacaban la tierra.
Y á la hora en que el mundo viste
su regio manto de estrellas,
miró cómo en unas andas
llegó hasta el atrio una muerta.
Estuvo viendo el cadáver
con espantosa fijeza,
miró la frente marmórea
coronada de azucenas,
miró los lívidos lábios

de aquella boca tan bella,
miró los velos marchitos
de aquellas pupilas negras,
y moviendo tristemente
con lentitud la cabeza,
dijo, cerrando los ojos,
"esa mujer no es Ximena."

XV.

Y despues de verlo todo
con espantosa fijeza,
despues que el ataud bajaron,
despues que echaron la tierra,
despues que los que venian
acompañando á la muerta
se fueron como vinieron,
llenos de angustia y de pena,
se quedó solo Manrique
buscando la sombra aquella,
entre la casa y el atrio,
entre la tumba y la reja.

Mérida, Marzo 10 de 1883.

MENDO MENENDEZ.

I.

Así escribe Doña Elvira
al doncel Mendo Menendez:
—„ Mendo me quieren casar;
„ bien lo sabes, bien lo temes;
„ pero no lo temas, Mendo,
„ porque tu Elvira no quiere.
„ Yo sabré morir primero!
„ Supongo que lo prefieres;
„ y si tal desdicha ocurre,
„ y si tal aconteciere,
„ espérame en tu aposento,
„ y no dudo que me esperes,
„ porque como yo, mi bien,
„ sabes que los muertos vuelven!

" No te olvides de mis ojos
" que se gozaban en verte,
" aquellos que me decias
" que eran dos soles.....—¿Me quieres?
" No te olvides de los labios
" que te hablaron tantas veces,
" aquellos que me decias
" que eran corales.....—¿Me quieres?
" Si respondes á estas líneas
" que tantas lágrimas tienen,
" no te olvides de decirme
" veinte veces: que me quieres! "

II.

Vive en prisión Doña Elvira
porque casarse no quiere
con un noble caballero,
que hacerla suya pretende.
Es su padre un viejo Conde
el que encerrada la tiene,
porque ha jurado: ó casarla
ó verla morir mil veces!

III.

Llega el conde á la prision
seguido de sus doncelles,
y entra á la prision con ellos
despues de llamar tres veces.
—"Hija mia, dice el viejo,
mañana don Jofre viene,
y antes de que el alba espire
con él desposarte debes.
Cubierta está en la capilla
el ara en blancos manteles,
y arde la cera, y se aguarda
nada más á que despiertes."
No contesta Elvira al conde,
el conde juzga que duerme;
y la llama y no despierta,
y la toca y no se mueve!
—Ola, grita el viejo conde
á las doncellas: no esperen,
vistan su traje de boda
á ese cadáver inerme,
porque ha de llegar don Jofre,
porque don Jofre ya viene,
y es fuerza que me la pida,
y es fuerza que se la entregue!

IV.

—Allí la tienes, don Jofre,
es tu esposa, allí la tienes.
Te la negó la esperanza
y te la entrega la muerte.
Que duerma donde los tuyos
el último sueño duermen;
y ya he cumplido.... Así cumple
quien una palabra tiene.

V.

Llevóse á su esposa, Jofre,
á su castillo, y sostienen
los que lo vieron, que todas
las noches, cuando los leves
tintes del alba en el cielo
no señalan el oriente,
vestida en traje de boda
doña Elvira se aparece,
y que á la puerta del conde
llega y llama por tres veces.
Despues por los corredores
avanza, y en donde tiene
él sólo su habitación

el doncel Mendo Menendez,
mirando hácia todos lados
un instante se detiene;
que despues la puerta se abre
sin un rumor, ni el más leve,
y despues como una sombra
Elvira desaparece.

Y por eso el cronista
de aquel conde, aunque lo niegue
el mundo entero, en su crónica
dice que los muertos vuelven.

Mérida, Abril 6 de 1887.

IDA.

I.

De una cámara espaciosa
entre las cuatro paredes
está una dama, que es Ida,
y está un hombre, que es Ruy Pérez.
ni una palabra se dicen;
que pronunciarla no pueden,
y que cuando hablan las almas
los lábios se callan siempre.
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!
¡Lástima que no se escuchen
esas frases que se pierden
donde van los pensamientos
llenos de amor á perderse!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,

que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe!
Y lágrimas y suspiros
y esperanzas sólo tienen
el alma pura de Ida
y el corazón de Ruy Pérez.

II.

Súbito como el destino
implacable, cuando hiere,
aparecióse en la estancia
el conde Vasco de Albuernes,
y con voz pausada y ronca,
cual del destino, solemne,
dejó escapar de sus lábios
estas palabras:—"Ruy Pérez,
de este castillo á la puerta
enjaezado el potro tienes,
y esta carta que te entrego,
y esta espada de buen temple.
Juréle á tu padre mismo
junto á su lecho de muerte,
que te enviaría á la guerra,
y el que jura cumplir debe.
Cumplo pues, dame tus brazos;

Ida te espera si vuelves,
dile adios. . . . . . y con la ayuda
de la Providencia, vete!—
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres,
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!

III.

Yermos campos solitarios,
vastas llanuras estériles,
lóbregas selvas salvajes,
turbios lagos sin corrientes,
desenfrenadas tormentas,
cielo negro, negro siempre,
mar sin espumas ni playas,
olas que en las olas mueren;
sueño que á gritos se llama,
sueño á los gritos rebelde,
inquietud que llega sola,
hondo sopor que adormece,
aire que en el pecho falta,
ansias que en el alma duelen,
eternidades de penas
que en un instante aparecen.

Ruinas de hermoso palacio
que fué del tiempo juguete,
escombros de una belleza
donde tristes flores crecen.
Una helada sepultura,
y sobre el mármol perenne,
un ser vivo que suspira
por el que en la tumba duerme!
A veces una esperanza
brota en el alma, cual suele
abrir en los arenales
un lirio el cáliz de nieve,
una ilusión como sombra
que atraviesa por la mente,
como atraviesa áurea nube
por el horizonte á veces........
Este es el mundo que habitan
los espíritus ausentes........!
ay! desventurada Ida!
¡desventurado Ruy Perez!
¡Lástima que no se escuchen
esas frases que se pierden
donde van los pensamientos
llenos de amor á perderse.

IV.

Para qué sirven las flores

si en el alma no florecen?
De qué sirven las estrellas
si el nublado las envuelve?
En vano le ruega Ida
al conde Vasco de Albuernes,
ay! el conde es el destino
y el destino se ensordece!
Es la roca en que se estrella
ola gigante que inerme
torna á caer en el seno
de la mar que se enfurece!
¡Destino! ¿qué es el destino?
ave negra que se cierne
sobre la pálida efigie
del que viviendo se muere!
¡Destino! ¿qué es el destino?
Nieve de nácar que enciende
la luz de un alegre dia
¡cuando dichoso amanece!
¡Destino! ¿qué es el destino?
¡Quién lo sabe! ¡quién lo entiende!
Sombra ó luz, congoja ó dicha....
¡Destino és lo que Dios quiere!
Ida sufre, Ida encerrada
lentamente languidece,
entre la luz y la sombra,
entre la vida y la muerte!

Lo mismo pasa al mancebo,
lo mismo pasa á Ruy Perez;
y entre su amor y sus dudas
rie y llora, vive y muere!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe.

Mérida, Mayo 3 de 1883.

SARA.

I.

En una cámara, apénas
alumbrada por un resto
de la hermosa luz del día,
(de un día del mes de Enero
de mil seiscientos cuarenta
poco más ó poco ménos),
estaba un hombre sentado
y enfrente de él y no lejos,
una mujer muy anciana
de triste aspecto severo.
El es don Diego de Sesa,
gallardo y gentil mancebo,
la anciana, doña Mencía,
su noble madre.

II.

—Comprendo;
y no he de olvidar, señora,

que amor y respeto os debo.
Mas no es posible obsequiaros
ni tampoco obedeceros,
que aquel amor es más grande
que este amor y este respeto.
Si así á mi destino plugo,
vive Dios! que es bien adverso,
mas para luchar con él
ha de sobrarme el aliento.
—¿Luchar contra mí?
—No, madre.
Luchar contra vos no puedo;
pero si sois mi destino,
contra el destino.
—Es lo mesmo.
Y ese amor es imposible.
—Por imposible lo quiero.
—Esa doncella es judía.
—Pues eso es, á lo que entiendo,
el imposible, señora,
que á no ser eso, por cierto,
que al pié del altar mañana
mi amor le jurara eterno.
—Y ella.... ¿Te ama?
—No lo sé,
que jamás me lo dijeron,
—¿Y ni preguntarlo osaste?

— Osé, sí tal, no lo niego;
pero ella puso en mis labios
el candado del silencio.
Y es igual, que así la adoro,
pues amor, segun yo pienso,
mientras más dentro se calla
se va entrando más adentro.
—Amor candados no tiene.
—¿Por qué me dijísteis eso?
— Porque esa hermosa judía
á tí no te ama, don Diego.
— Clavad, señora, cien veces
este puñal en mi pecho,
dadme á beber gota á gota
toda la hiel que no os dieron
ni perdidas ilusiones,
ni malogrados deseos,
ni esperanzas que rodaron
en los abismos del tiempo;
pero quede en vuestros labios
esa serpiente de celos.
Guardadla donde aire tenga
menos puro del que tengo,
que del aire que respiro
su imágen vive en mi pecho!

III.

Las flores sobre la tierra,
las estrellas bajo el cielo,
y entre estrellas y entre flores
y entre perfumes y besos,
con los labios como rosas,
los ojos como luceros,
vive Sara, flor y estrella
del corazón de don Diego:
nadie sabe por qué Sara
llora á veces en silencio,
nadie sabe por qué á veces
tiene el semblante risueño.
Ella y Dios no más lo saben
y lo sabe, acaso, el viento,
ó sin saberlo se lleva
los auspiros de su pecho,
las sonrisas de su labio,
las sombras de sus deseos,
y los fantasmas dorados
de sus dorados ensueños.
Y ella sabe que en la calle
ronda un hombre sin sosiego,
ella sabe que ella sóla
es su sólo pensamiento,
y ella siempre, noche á noche,

oye un cantar á lo lejos,
ó acaso se lo figura,
pero oye que cantan esto:
"Para tí la luz del dia
que tu corazón alegra,
para mí la noche negra
que es muy mia,
que la adoro;
pues que entre sus sombras lloro
por tu amor y por tu encanto,
para mí su negro manto,
para tí su manto de oro.
Para tí luz y colores
porque venturosa fuiste,
para mí que vivo triste,
tristes flores,
pues con ellas
alimento mis querellas
y quebranto mis congojas;
para mí las secas hojas
para tí las hojas bellas.
Para tí las venturanzas
con que sueña el pensamiento,
para mí sólo tormento
y esperanzas,
pues los dias
tras hondas melancolías,

paso soñando en venturas;
para mí las amarguras,
para tí las alegrías.»

IV.

Murió al fin la adusta anciana
sin conseguir que don Diego,
de su amór ni un solo día
se olvidara.....¡ni un momento!
Si dió Sara ó nó dió Sara
esperanzas al mancebo,
si ella al fin rompió el candado,
y él al fin rompió el silencio;
si aquel amor santo y puro
unió sus almas, y de ello
fueron testigos las flores
y las estrellas á un tiempo,
ni quedó escrito en la reja,
ni quedó escrito en el viento,
y tal vez ni quedó escrito
en el azul de los cielos;
pero es fama que una noche,
despues de un cantar que oyeron,
oyeron como un gemido

de la noche entre el silencio.
Oyeron en las baldosas
como que chocaba un cuerpo,
un cuerpo que se caia
como cuando cae un muerto.
Que despues oyeron llantos,
despues nada........

V.

Así los cuentos
terminan y así terminan
las historias. ¡Qué misterios
guarda el espacio en sus sombras!
¡Y cuántos hondos secretos
las flores sobre la tierra,
las estrellas bajo el cielo!

FLORA.

I.

En su mano y en su frente,
y en su mejilla hechicera,
la lozana palidez
de la flor de la gardenia;
sus labios hojas de rosas
las mas rojas y mas tiernas,
sus ojos como esas noches
en que no alumbra una estrella,
mas oscuras que las ondas
de su hermosa cabellera,
donde hay dorados reflejos
y fulgores y tinieblas.
¡Que sonrisas en los labios
en que el aura se embelesa,
cuando sus alas los tocan,
cuando sus besos se llevan!
¡Que miradas en los ojos
que se abren, que se cierran,

que se entornan, que parece
que de sombra y luz se llenan!
Y bajo el labio qué hoyuelo;
y qué pestaña tan negra,
y qué líneas y que curvas
en los arcos de las cejas.
Así el niño la sonrié,
así el alma la sospecha,
y así la idolatra el hombre,
¡y así la sueña el poeta!

II.

Le dicen Flora á la hermosa
porque se llama Florencia;
como un rayo de sol, pura,
como los ángeles buena.
Quizo el amor y buscólo
con ansia inocente y terca;
pero lo busca y suspira
pues lo busca y no lo encuentra!
Acaso á veces lo finge
así como si lo viera,
como la luz de la aurora

entre celages y nieblas;
pero su pecho no siente
lo que quiere y lo que anhela,
y por eso vive triste
pesarosa y descontenta,
y por eso se ancongoja,
y por eso se desvela,
hasta que un dia sus ojos
se abren á una vida nueva,
como el que de largo sueño,
soñando el amor, despierta!

III.

Era Baltazar de Alaro
casi jóven, casi viejo,
y es como todos por fuera,
y como nadie por dentro.

IV.

Soñó un amor en su vida
tal como todos lo sueñan,
pero tal como lo siente
no hay ninguno que lo sienta
En un instante feliz
de su azarosa existencia,

al ver á Flora se hechiza,
y ya hechizado se queda!
No ha de haber poder humano
que arrancar de su alma pueda,
aquella imágen que el sello
de lo eterno gravó en ella;
ni ha de haber una hora sola,
que, con sus alas ligeras,
volándo en torno la imágen
gentil, no se le aparezca!

V.

Flora tambien idolatra
á Baltazar, porque es fuerza
que se adoren los que nacen
con dos almas como aquellas.
Y aunque el amor que se tienen
en el misterio se envuelva,
algo murmuran las gentes
aunque tal vez no lo crean;
porque tambien es forzoso
que las gentes se entretengan
porque son flojos los labios
y harto movibles las lenguas!

VI.

Nadie sabe por que causa
Baltazar tiene tristeza,
ni sabe nadie por qué
Flora á abatirse comienza!
Se sabe que se idolatran;
cuando ménos se sospecha
que léjos uno del otro
la vida vida no fuera,
y sin embargo sus almas
parece que se alimentan
de lágrimas de amargura,
y de sollozos de pena!

VII.

Se abre un sepulcro una tarde
y en él un cadáver echan:
¿Es el de Flora? ¡quién sabe!
¿El de Baltazar? ¡pudiera!
¡Qué importa cual de los dos
se hundió bajo aquella piedra,
si tambien el vivo ha muerto

aunque se quede en la tierra!
¡Qué importa si al fin se ha roto
aquella hermosa cadéna,
que se tejió con las flores
de un amor que ya no sueña!
¡Qué importa que sobre el mármol
pinten unas cuantas letras,
si el vivo no necesita
de ir á la tumba á leerlas!
¡Qué importa cuál de los dos
á hundirse va en las tinieblas,
si es igual á la de adentro
esa oscuridad de afuera!

VIII.

Una noche me contaron
(era una noche muy negra)
que á Flora y á Baltazar
conoció mucho una vieja...
que aquella vieja sabia
de los dos, cosas muy nuevas:
que para el que lo ha ignorado
todo es nuevo aunque no sea!

VIII.

— ¿Se amaron?
—Mucho se amaron!
—¿Gozaron?
—Más que en la tierra;
que ella era cielo para él
y él un cielo para ella!
—¿Y sufrieron?
—Mucho!
—¿Mucho?
— Las alegrías inmensas
necesitan por mortaja
una inmensidad de penas!
—¿Qué los hizo desdichados?
—Su desdicha.
—No es respuesta.
—Pues otra daros no puedo
que si otra os diese mintiera.
Digo no más lo que sé,
que es mal decir si se inventa.
Y suspirando la anciana
dobló la blanca cabeza!

IX.

—Y nada tienes de Flora?
—Nada.

—Y de él?
—Algo me queda.
—Y qué es ello?
—Poca cosa:
no mas unas cuantas letras.
—Unas cuantas?
—Cuatro líneas.
Dicen que es verso.
—Pues venga.
Y la anciana me entregó
la hoja de una cartera.
Un pedazo de papel,
pedazo del alma aquella,
que aun me hablaba y me veia
en aquellas líneas negras!
" Nuestro amor, la vida humana; "
" nuestro amor, la vida eterna; "
" la duda, el verdugo inícuo; "
" la paz, un lecho de tierra! "

Mérida, Abril 6 de 1885.

—•—

ALDÁZ.

I.

Allá arriba en los balcones,
música, algazara y fiesta;
abajo, silencio mudo,
y soledad y tristeza!
Arriba la luz del dia,
abajo noche y tinieblas,
arriba la desposada
abajo un hombre que tiembla.
Arriba el labio que rie,
la esperanza que consuela,
el porvenir que se cubre
con flores de primavera;
abajo el llanto que corre,
la esperanza que se niega,
el porvenir que se cubre

de abrojos y de maleza!
Arriba Elvira que á un hombre
mano y corazon entrega,
abajo Aldaz de Quiroga
que se muere de tristeza!



II.

Triste es tener ilusiones......
Ay! que triste es el tenerlas
y sentir que se las roban,
¡y robadas se las llevan!

III.

—"Mujer, te olvidaste un dia
de tus amantes promesas,
ni te importaron mis lágrimas,
ni te importaron mis penas.
Mientras tú duermes tranquila
y en cielos azules sueñas,
y se alimenta tu pecho

de esperanzas lisonjeras;
mientras que blancas visiones
por tu pensamiento vuelan,
y con ellas te distraes,
y con ellas te embelesas,
y con ellas te mantienes,
y con ellas te recreas.
con ellas me vuelvo loco,
¡me estoy muriendo con ellas!
Y en prueba de que es verdad
que es espantosa mi pena,
y que sin tí de la vida
nada que esperar me resta,
ni nada en ella ambiciono,
ni nada en ella me queda;
supuesto que no la quieres
me la arranco de la tierra,
y me la llevo á otro mundo
á donde el dolor me lleva.
Adios, mi Elvira del alma,
adios, mi alegria eterna,
mi único amor, mi amor solo,
yo me voy y tú te quedas."—
Dijo Aldaz.... brilló una cosa
como acero, blanca y negra,
se vió una mano en el muro
pálida, apoyarse trémula,

se oyó un suspiro muy triste,
mas que un suspiro, una queja....
¡Como se quejan las almas
cuando se van y nos dejan!

IV.

Allá arriba, al otro dia,
unas azucenas muertas;
abajo, el frio cadáver
de Aldaz, sobre la banqueta!

Mérida, Mayo 25 de 1883.

GONZALO GONZALEZ.

I.

Comó un dios ó como un loco
amó Gonzalo Gonzalez,
á una dama hermosa y pura
porque era flor y era ángel.

II.

Era estatuario Gonzalo.
Labró una estátua admirable,
y en ella encerró su alma;
que era de ella digna cárcel.

III.

Todas las noches veia
la hermosa estátua animarse,

y que sus pálidos labios
se incendiaban para hablarle.

IV.

Era la estátua tan bella,
que no hubo quien la mirase
sin que no admirára absorto
aquel prodigio del arte.

V.

Una noche, el pobre artista,
la vió inmóvil, le habló en valde,
le pareció que su estátua
se convertia en cadáver,

VI.

¡Y dentro del mármol frio
estaban; la hermosa imágen
de su amor, sus ilusiones
y su genio, que algo valen!

VII.

¡Y ella lo guardaba todo
en su seno impenetrable,
como guarda á el alma el cielo;
y el sepulcro al que en él cae!

VIII.

¡En vano en copioso llanto
su corazon se deshace,
en vano; pero es dichoso
¡qué sufrir por su amor sabe!

IX.

¿Sufrir? Ay! fué tan intenso
su dolor y fué tan grande,
que se murió entre el crepúsculo
de una noche y de una tarde.

X.

Lo enterraron; pero ¿en dónde?
Ay! ¡Nadie volvió á acordarse
ni de la estátua de mármol
ni de Gonzalo Gonzalez!

Merida, Abril 24 de 1883.

ROSELA.

I.

Cuatro lustros, algo menos,
Vivió lejos de su patria,
pensando en volver á verla,
Jorge Perran de Carlanza.
Algo indefinido y vago,
como la dicha soñada,
algo que ven, á lo lejos
no más, los ojos del alma;
que el pensamiento adivina,
que sospecha la esperanza,
como una luz que se enciende,
como una luz que se apaga;
vision que en el fondo azul
del horizonte se lanza,

que como la nube flota.
que como la nube pasa;
imágen de un sér que alumbra
el rayo de la mirada,
á quien dá la noche formas,
á quien el dia dá alas,
color la luz apacible
de la luna hermosa y pálida;
aliento, aquel que le roba
á la flor, pasando, el aura;
voz el ave que suspira
en la selva solitaria;
alma el cielo, y el amor
sonrisas, besos y lágrimas!
Algo así, soñando vive,
Jorge Perran, en las largas
horas de la triste ausencia
lejos del sol de la patria;
de ese sol que brilla mas,
mientras es mas su distancia!
Sol que halló su oriente un dia
junto á la cuna dorada
de Perran, que ya á su ocaso
comienza á bajar y baja;
que con luz ardiente y viva,
de Perran la frente baña;
Perran que á los cuatro lustros,

Algo menos, con el alba
de un hermoso eterno día,
llega al suelo de su patria.

II.

Vivió Perran desdichado,
y aquella vision fantástica,
que tal parece que sólo
á soñar el hombre alcanza,
tomó cuerpo, tomó formas,
tomó realidad humana:
belleza tan seductora,
tan incomparable gracia,
de hechizo tal, de tal suerte,
y con tal poder dotada,
que sugeto el pensamiento,
desenvuelta la esperanza,
abriendo las ilusiones
á un nuevo mundo las alas;
brotando tal como brotan
las flores alborosadas
sobre las verdes alfombras
de las selvas solitarias;

como brotan las estrellas
cuando la noche callada,
para que brillen, les tiende
sus pabellones de gasa,
poblaron la fantasía
de Perran, que de Rosela,
que de Rosela á las plantas,
pone el corazon entero
y derriba entera el alma!

III.

Que los hilos invisibles
del amor, sugetan y atan
de Perran y de Rosela
las dos vidas, las dos almas;
que en los espacios se buscan,
que en los espacios se hallan,
que confunden sus ideas,
que confunden su mirada,
que abandonando su cárcel
sus almas enamoradas,
acariciándose lloran,
acariciándose cantan!

Que palpitantes y mudos
enfrente de su desgracia,
sienten que el amor los une
si la suerte los separa,
no queda duda; lo dicen:
los labios porque lo callan!
las almas porque lo sienten!
los ojos porque lo hablan!

IV.

¿Qué pasó? ¿por qué suspira
acongojada Rosela?
¿Por qué Perran sufre tanto?
¿Por qué el infortunio sueña?
¿Por qué Perran en las altas
horas de la noche vela,
y entre las sombras confusas
vagar su espíritu deja?
¿Es que Rosela le ama
y á decírselo se niega?
¿Es que otro amor desdichado
es causa de sus tristezas?.....
Cuando conoció Perran

su peregrina belleza,
cuando le dió el alma toda
cuando le dió el alma entera,
¡ya Rosela estaba triste!
¡ya estaba triste Rosela!
ya Rosela suspirando
en la soledad, inquieta,
devorando en el silencio
la amarga hiel de sus penas,
buscaba en el aislamiento
la paz que al dolor no auyenta,
esa paz que por ser sola,
sin ser paz, tal vez consuela!

V.

¿No seria de un amor
desdichado, aquella eterna
y extraña melancolía
que á Rosela le atormenta?....
¡Y aquella espantosa duda,
la espantosa duda aquella,
á Perran lo vuelve loco
y le hace gemir en vela!

Por eso en las altas horas
de la noche, el dolor llega,
y trastorna sus sentidos,
y en su corazon penetra;
y si no fuera que el llanto
gota á gota, en marcha lenta;
desciende por sus mejillas
en medio de las tinieblas,
Perran sin aire, sin vida,
sin movimiento, cayera,
cayera al suelo rodando
de la airada muerte presa!
Pero Rosela no quiere
hablar con él.... y se niega,
¡por mucho que se lo pide!
¡por mucho que se lo ruega!

VI.

"Rosela, Resela mía,
si no me engañan tus ojos
y yo soy tu idolatría,
¿por qué de esta duda impía
me entregas á los enojos?"

"¿Porqué no tienes piedad
de mi angustia y mi dolor,
y me dices la verdad?
¿Por qué si es mío tu amor
no es mía tu voluntad?"

"¿Por qué me ves padecer
y no alivias mi tormento?
¿Por qué no quieres creer
que voy la vida á perder
al rigor del sufrimiento?"

"¿No piensas que en esta cuita
que mi corazon agita,
sin paz, en duda y sin calma,
en soledad infinita
se me está muriendo el alma?"

"¿Piensas que si no te amara,
si no te adorase tanto,
tus desdenes soportara?
¡Ni uno sólo!.... derramara
mi sangre ántes que este llanto!"

"Sospechas en mí, doblez?
O dime que tu esquivez
es hija de tu albedrío,
que tú no me amas, bien mío,
¡pero dílo de una vez!"

"Dílo...... sepa al cabo yó

qué me guarda el porvenir;
sabré que debo morir,
que sin tu amor........¡Eso no!
¡Sin él no quiero vivir!»

"¿Lo oyes bien? pues bien, contesta.
En mi ancia perenne y loca,
á oirte el alma se apresta....
¡Quiero escuchar de tu boca
hechicera, la respuesta!»

"¿Quién ha de sentir así
su amor, ay! dímelo, quién!
Ni quien con tal frenesí,
te ha de adorar.... díme, dí,
si merezco tu desdén!»

"¿No me quieres? dí que "no,"
si ese mi destino es.
Me quieres? pues dímelo;
¡esto te lo pido yo
de rodillas á tus piés!»

VII.

. . . .

Así lo escribe Perran,
acongojado á Rosela,

pero en vano implora, en vano,
que le den una respuesta.
¡Y sin embargo los ojos
de Perran, que triste espera,
sigue mirando el amor,
¡amor en los ojos de ella!
Mas ¿cómo si ella le ama
puede callarlo, aunque vea
desesperado á Perran
que de esperar desespera?
¿Cómo si le quiere tanto
deja que llore y que muera
de dolor y en la agonía
y en la tortura le deja?
Esto Perran nó se explica,
y vive, como pudiera
vivir el alma encerrada
de un sepulcro en las tinieblas;
contemplando desde allí
aquella faz hechicera,
aquella pálida frente,
aquellas pupilas negras,
aquellos labios que són
el nido de una respuesta......

VIII.

Perran siente que la vida
se le acorta, que en la fiera
duda que abriga su pecho,
que su corazon alberga,
su energía desfallece,
desfallecen sus ideas,
se mueren sus esperanzas,
y su espíritu se enerva;
así caen lentamente
tristes, amarillas, secas,
las ojas verdes del arbol
cuando el arbol no se riega!.....
Ay! y le pide Perran,
para regarlo siquiera,
si no sonrisas alegres
sus lágrimas aunque sea!.....
¡Que no hay rocío en la vida,
que dé mas vida en la tierra,
que las lágrimas que vierte
el amor, cuando es de veras!

IIX.

Lejos del sol de su patria
Perran alejarse intenta,
¡de qué le sirve aquel sol
si es que no le ama Rosela!
El sin saberlo, gimió
años tras años por ella,
¡porque la amó sin mirarla
y la amó sin conocerla!
Así la soñó en sus sueños
de venturanza, así era
la pálida faz hermosa,
de su inspiracion eterna,
de su inspiracion. . . . . (decian
que Perran era poeta!)
¡Infeliz! En este mundo
con eso basta. . . . .

X.

Dos velas
benditas, están ardiendo
de un altar sobre la mesa.

En un lecho silencioso
un hombre apenas resuella,
porque apenas tiene vida,
porque tiene vida apenas!
Es Perran..... (al fin la muerte
apiadada se le acerca)
se está muriendo y sonríe,
y se está muriendo y sueña!
Sus últimos pensamientos
aun vagan sobre la tierra,
y sus pensamientos últimos
son todos para Rosela;
siente que su alma se vá
y siente que se la deja,
que la muerte se la toma,
y á Rosela se la lleva......
—"Señor, exclama, con Dios
hablando en la hora suprema:
"Señor, si es mi alma del cielo
y hay un cielo que la espera,
puesto que el cielo de mi alma
es el alma de Rosela,
dále el alma que yo tengo
porque es toda para ella...."
¡Y la muerte se la toma
y á Rosela se la lleva!
Murió Perran....—Es seguro

que con el alma se alejan
tambien las dudas, si no,
paz en las tumbas no hubiera,
y en los tristes cementerios
se escucharan, por las grietas
escapándose del piso,
los sollosos de la pena!

XI.

Perran escribió unos libros....
Cuando los lee Rosela,
siente el alma de Perran
palpitante en cada letra.
Siente un latido: ¡es Perran
que en su corazon golpea!
Oye un sollozo: es Perran
que solloza dentro de ella!
Y en aquellas armonias
que en sus oidos resuenan
y parten de los renglones,
lo mismo que de las cuerdas
de una lira, oye la voz
de Perran que le recuerda
de sus miradas ardientes

la seductora promesa!
Y cuando cierra su libro
y de leer deja Rosela,
sigue oyendo, en los espacios
ó dentro de ella, muy cerca,
como unos ecos que van,
como unos ecos que llegan,
como unos ecos que pasan,
como unos ecos que vuelan,
de tal modo, que parece
que Perran vive y alienta:
¡porque nunca la abandona
y porque nunca la deja!

DIANA.

I.

Sobre dos grandes montañas
divididas por un negro
y hondo abismo donde corren
las aguas de un rio; pero,
tan profundas que los ojos
de ningun mortal las vieron;
y las denuncia al que pasa
sordo rumor y siniestro,
se levantan dos castilllos
sombrios, lúgubres, viejos,
que, no se sabe de cuando:
pero de remotos tiempos,
se miran, se desafian,
de ira y de rencor tan llenos,
como firmes en su sitio,

como inmobles en sus puestos.
Diz que cual forzosa herencia,
y que de abuelos á nietos,
se aborrecen con el alma,
de aquellos muros los dueños;
con la misma hosca zaña,
con el mismo loco empeño,
con que se odiaron un dia
Capuletos y Montescos.
Es el Señor de un castillo
Martin Martinez de Olmedo,
padre de Diana: mas linda
que las estrellas y el cielo.
Y es Señor del otro, el bravo
Per–afan de Vasconcelos,
padre de Mauro que es fuerte,
en la guerra y el torneo.

II.

¿Dónde Diana y Mauro un dia,
por vez primera, se vieron?
Nadie lo sabe y no importa,
que saberlo es lo de ménos.

Que con solo una alma viven,
y un único pensamiento;
que no tienen mas deleite,
que idolatrarse en silencio;
que desde el un lado al otro
de aquel hondo abismo negro
se miran ¡y les parece
que no se miran tan lejos!
Que Fortuño, que es de Diana
antiguo hidalgo escudero,
es el único que esconde
de aquel amor el secreto;
que saben, porque lo sienten,
que aquel amor es inmenso,
que aquel amor es profundo,
que aquel amor es eterno,
que nada puede arrancarlo
de aquellos ardientes pechos,
eso sí, porque es preciso,
importa al lector saberlo.

III.

Martin Martinez apresta
de su mesnada el ejército,

y Per–afan de sus peones
lo mas lucido y mas fiero,
porque al fin van á batirse,
porque al fin de tanto duelo,
va á saberse quien á quien
vence, en formidable encuentro.

IV.

Acongojada, llorosa,
fria lo mismo que el hielo,
sola con Marcos Fortuño
está Diana en su aposento.
En los tallados barrotes
de una ventana sus dedos,
como de marfil, se clavan
por el sobresalto trémulos.
—Mira, Fortuño, le dice,
mira del sol al reflejo,
cómo se están acercando,
esos cascos y esos petos.
Mira, mira, como avanzan
y no la ven, y yo veo
que vá la muerte delante,

y la muerte detrás de ellos....
Corre y cuando á Mauro mires
en peligro, con tu esfuerzo,
con todo el vigor que tienes,
salva á Mauro, yo lo qniero.
Dijo.—Le besó la mano
Fortuño, con gran respeto,
y se fué, con la siniestra
apoyada en el acero.
Y quedóse sola, Diana,
fija la vista en un lienzo
en donde estaba la imágen
de la Reyna de los cielos.

V.

Horrenda fué la embestida:
sangre y polvo y juramentos
y maldiciones y votos
y vencedores y muertos!
Cayó, para nunca alzarse,
Per-afan de Vasconcelos,
y de Fortuño en las manos
cayó Mauro, prisionero.

Pero respirando apenas,
con un lanzaso en el pecho,
por donde su vida, envuelta
en sangre, se estaba huyendo.

VI.

—Si de Mauro tocas, padre,
sólo una hebra del cabello,
si no mandas que contengan
la sangre que está perdiendo;
con este puñal que miras,
(y enseñó un desnudo acero)
voy á arrancarme la vida
que para Mauro la tengo!
Martin Martinez, absorto,
giró los ojos abiertos
por el furor, y cien rayos
de sus órbitas partieron.
Nunca amó sobre la tierra
mas que á Diana, pues de resto
para nadie, jamás tuvo
de ternura un pensamiento.
Tomó entre sus rudas manos

de Diana el rostro hechicero,
y tomándola por loca
en la frente le dió un beso.
—¿Estás soñando, hija mia?
Estás enferma ó no entiendo?
—La vida, padre, de Mauro,
su vida, que pasa el tiempo,
y es cada instante que pasa
una esperanza que pierdo:
¡se lleva cuanto ambiciono,
se lleva cuanto poseo!
Reculó Martin Martinez,
mas confuso y mas suspenso,
miró bajo el brial dorado
de Diana el golpear violento
del corazon.... y su pena
y su angustia comprendiendo,
lanzó un rugido espantoso,
llevó sus manos al hierro
de la cintura... y mas súbito,
por densa tiniebla envuelto,
rojo, mas que rojo lívido,
cayó rodando en el suelo.
Pero fué un instante solo,
alzóse en seguida y luego
en la pared apoyándose,
con voz ronca como el trueno,

gritó:—«Clava tu cuchillo
Farfan, de Mauro en el pecho,
hasta que tope tu mano
aunque quede el puño dentro!»
Corrió Diana...... pero inútil
fué su carrera y su esfuerzo,
cuando llegó ya era tarde,
cuando llegó no era tiempo.
Clavó en el lecho los ojos;
tembló, como en tallo esbelto
tiembla la flor cuando siente
el soplo frio del cierzo;
brilló en su mano la hoja,
tomó la mano del muerto
y apretándola, apretándola
entre sus siniestros dedos,
como el relámpago, rápido,
se hundió el puñal en el seno,
hasta que topó su mano,
y se quedó el puño dentro.

Martin Martinez sin pena,
ni amor, ni remordimiento,
abandonado de todos,
hasta del dolor, en medio
del solitario castillo

que heredó de sus abuelos,
murió una noche, de un golpe
de la sangre en el cerebro.

Bajo la bóveda augusta
de un triste y sombrío templo,
encerró juntos Fortuño,
de Diana y Mauro los cuerpos.
De entre los dedos de Mauro
no pudo arrancar los dedos
de Diana, que se agarraron
como se agarran los muertos!
Y mandó, del infortunio
y del amor en recuerdo,
colocar sobre el suntuoso
solitario mausoleo,
las dos estátuas yacentes
de Diana y Mauro, de récio
mármol de Paros construidas,
con gran perfeccion y esmero.
Mas tarde, el mismo Fortuño
contaba: que entre el silencio,
cuando, á encender una lámpara,
bajaba de noche al templo,
mas de una vez, vió, acercándose
al helado mausoleo;

las manos de las estátuas,
y que, moviéndose á un tiempo,
se buscaban en la sombra
y se oprimian los dedos!

Mérida, Abril 22 de 1883.

DOÑA LUZ.

....

¡No faltes á lo que jures
Ni aunque sea en la apariencia!

....

I.

En horas muy avanzadas
y en una oscura calleja,
cuatro noches van seguídas,
que canta Juan de Mancera.
Seguidas van cuatro noches
que canta de amor las penas,
y á la cuarta, Doña Luz
se asoma tras de la reja.

II.

—Señor, por la Vírgen Santa,
no cantes quien quier que seas;
que hoy mi amante Fernan Gomez,

tornar debe de la guerra;
y ó creerá que le traiciono
ó mi amor buscas á fuerza,
y no quiero que se entinte
con sangre humana esta acera!
Quiera Dios que no te encuentre,
quiera Dios que no te vea!"
—"Le aguardo, dijo Don Juan,
y, si quiere Dios, que venga!"

III.

Se cierra el postigo.... Entona
Don Juan sus tristes endechas,......
Pasos suenan.... llega un hombre
y arremete en cuanto llega.
Se oye el chasquido del hierro;
muerto Don Juan cae en tierra,
y "yo la he visto" balbute,
el matador.... "mi Luz era!
"Que Dios te guarde, perjura!
grita, y la tizona cuelga.
¡y de Doña Luz se pierde
para siempre en las tinieblas!

Mérida, Febrere 27 de 1887.

TAIDE.

I.

Ferran de Góngora vive
en un vetusto castillo;
con Pedroza su escudero,
y con Iñigo su hijo.
Bajaba el sol una tarde
del ocaso á los dominios
entre nubes de escarlata
y tras un bosque de pinos,
cuando sentado Ferran,
puesta la diestra en un libro,
al mancebo que escuchaba
de pié, con aspecto digno,
le decía estas palabras
en rudo acento y tranquilo:
—"Yo sé que lo sé de cierto,

y no me lo niegues, Inigo,
ni podrás nunca negarlo.
—No sé mentir, padre mio.
—Mientras aliente mi pecho,
mientras alberque un suspiro,
no has de casarte con Taide....
¡Jamas! mientras yo esté vivo!
Y cuando la tierra cubra
mi mortal despojo frio,
entonces dale tu nombre,
lleva á cabo tu designio;
conduce á Taide ante el ara,
pónle allí el nupcial anillo;
pero mientras viva ¡nunca!
¡Jamas, mientras yo esté vivo!
—Padre.
—Nunca me preguntes
ni la causa ni el motivo.
Y en diciendo esto Ferran
se le puso el rostro lívido.
(El autor de este romance
supo, por un manuscrito,
que fué del padre de Taide
Ferran, mortal enemigo;
pero averiguar no pudo
ni la causa ni el motivo,
tal véz por la mala letra

y la edad del pergamino.

II.

Iñigo estaba en la calle,
y en un balcon el divino
rostro de Taide asomado
por el hueco del postigo.
Guardaba al viento las últimas
dulces palabra de Iñigo,
cuando con acento trémulo
la hermosa dama le dijo:
—No es verdad, mienten los labios
que me dijeron prodigios,
ni eso pensó vuestro padre
ni vuestro padre lo ha dicho.
Ni nunca me habeis amado,
ni me tubisteis cariño,
que fueron vuestras promesas
invenciones ó capricho....
—Os lo juro por mi vida,
Taide, os amo; os lo repito;
esperad y amadme: el tiempo
de mi amor será el testigo!
Se oyó de una alma el sollozo,
se oyó de una alma el suspiro,
pasó un instante.... Más largo
no pasa rodando un siglo!
Nada interrumpió el silencio,

como el del sepulcro mismo,
pavoroso, mortal, lúgubre.....
Y cerró Taide el postigo.

III

— Pedroza, tú me has contado
que en este viejo castillo,
como alma en pena, vaguea
la sombra de aquel judío,
que, con mal dañado intento,
y con oro mal habido,
puso la primera piedra
y fabricó el edificio.
= Es verdad, dijo Pedroza,
y tembló cuando lo dijo,
hace apenas cuatro noches
cruzar el huerto le he visto.
—Toma mi arcabuz, Pedroza,
pónte en guardia en tu postigo,
y dale muerte á la sombra,
que no es sombra, te lo afirmo.
= Líbreme Dios!
—Yo lo mando.
— Líbreme Dios!
= Yo lo exijo.

Que no te tiemble la mano
cuando toques al gatillo!=
Dobló Pedroza la frente,
fué á un rincon, tomó un antiguo
arcabuz, de la mejor
fábrica, modelo rico,
y, sin mas abrir el lábio,
con el paso decidido,
salióse del aposento
sin mirar siquiera á Iñigo.

IV.

Apenas daba la una
en la torre del castillo,
cruzó una sombra en el huerto
y se oyó sonar un tiro......
saltó Ferran de su lecho,
se oyeron pasos y gritos,
bajaron todos al huerto
en masa y despavoridos;
envueltos en anchas capas
todos, con linternas, tímidos,
rodearon un negro bulto

sobre un arriate caido.
¡Quién le arrancaba el embozo
al cadáver del judío?
Ferran de Góngora al cabo
dió dos pasos decidido....
Tiró del fúnebre lienzo
y, dando un horrendo grito,
cayó extendiendo los brazos
sobre el cadáver de Iñigo!
—El mandó que le matara,
me engañó y así lo quizo!
pues que me negué dos veces
y dos veces me lo dijo»
clamó Pedroza, y callendo
de rodillas y sombrio,
llorando, llegó á sus labios
la diestra helada de Iñigo.

V.

Bajo de un mármol reposan,
juntos el padre y el hijo,
y allí, cuando hiere el dia
del templo augusto los vidrios,

hermosa como el dolor,
pálida como los lirios,
envuelta en fúnebres ropas,
del alma y cuerpo atavío,
llora su esperanza Taide,
en dos abundantes rios
de dulce llanto, que bajan
de su semblante divino,
que bajan y en las junturas
del mármol, como rocio,
se filtran en el sepulcro
que encierra al padre y al hijo!

Mérida, Abril 6 de 1883.

FERRANDO.

I.

En un salon cuadrilongo
de su soberbio castillo,
fija la vista en un lienzo
está Ferrando de Armijo.
Cerca de él, su padre adusto,
severo el rostro sombrío,
centellante la mirada,
el entrecejo fruncido,
con voz que el pecho penetra
como de un puñal el filo,
con éstas ó semejantes
palabras, así le dijo
á Ferrando que le escucha

tembloroso y conmovido,
llenos los ojos de lágrimas,
mudo el lábio, el rostro lívido.

II.

(¡Oh, cuánto es bello en el alma,
del bien, cuando se ha perdido,
el recuerdo misterioso,
el fantasma fujitivo!
Es que el bien se hunde en la nada;
pero el amor de que vino,
es eterno; que él no tiene
ni sepulturas ni abismos!)

III.

—No mires mas el trasunto
de esa deidad, hijo mío;
pues que durante tu ausencia
dió tu memoria al olvido.
Unióse ante el ara santa

con Juan de Rojas tu primo,
y casóse por su gusto,
que por su gusto lo hizo!
—Te mienten padre, te mienten;
yo por mi nombre lo afirmo,
casóla con él, sin duda,
diabólico maleficio,
ó traicion de Juan de Rojas
á quien ella nunca quizo;
á quien ella odiaba, padre,
de su alma noble en lo íntimo!
Mentirme nunca pudieron
aquellos ojos divinos,
ni la hechicera sonrisa
de aquel lábio peregrino.
Ella en su noche de bodas
murió; lo has dicho tú mismo;
más ¿por qué murió esa noche?
¡Eso, padre, no me has dicho!
Y si Juan no me lo explica,
como yo lo necesito,
con la espada que estás viendo
he de matar á mi primo.
Mira, padre, que aun estoy
con el polvo del camino;
voy á dejar mis espuelas,
voy á cambiar de vestido,

y al seplucro de mi amada
vendrás, si quieres, conmigo,
y allí sabremos si dió
con mi memoria al olvido!

IV.

Hay un libro que en el cielo
de la esperanza está escrito,
y en él escriben los muertos
para que lean los vivos.
Y en una página hermosa,
inmortal de aquel gran libro,
sin duda estaba leyendo
su amor Ferrando de Armijo.

V.

Bajaron de los sepulcros
al pavoroso recinto:
delante Aldaz, escudero
de la casa, el mas antiguo,

llevando una hacha que alumbra
con resplandores rojizos;
luego un doncel enlutado,
despues el padre y el hijo.
Allí sobre un basamento,
de berroqueño granito,
el negro féretro estaba
hecho de roble maciso.
Ocho años hace que allí
fué una tarde conducido,
para que su último sueño
durmiera en él un prodigo.
Detuviéronse: Ferrando
avanzó triste y sombrio,
y en la mohosa cerradura
se oyó un lúgubre chasquido!

IV.

Alzó Ferrando la tapa,
miró los despojos frios,
y se anublaron sus ojos
en espantoso vahido.
Luego alzó la rica tela
que amortajó el busto níveo

de aquella que lo sedujo
con su amor y sus hechizos;
y vió, cuajada la sangre
en el blanquísimo lino,
y vió el ojal que dejóle,
al traspasarlo, el cuchillo.
Y vió, y su padre tambien
lo vió, que en el mismo sitio
en que late el corazon
cuando late ardiente y vivo,
se ocultaba un relicario,
y en su marfil amarillo,
el trasunto de un mancebo
que era Ferrando de Armijo!

Mérida Junio 6 de 1883.

FRAY SERVAN.

I.

En el coro del convento
está Fray Servan de Rojas,
allí en el lugar en donde
es más espesa la sombra,
el silencio más profundo
y la luz mas pavorosa,
y la soledad más lúgubre,
y la tristeza más honda.
Fija la vista en la imágen
de una virgen dolorosa,
en el lugar donde tiene
clavada una daga toda;
y es porque él siente en su pecho

tambien una daga; otra,
como la que está mirando
siempre inmóvil y filosa,
que al corazon fibra á fibra
le hace pedazos, le corra,
le desgarra y le tortura
dia y noche, á toda hora.
Y él tiene el puño en el puño
de aquella daga.... y con loca
desesperacion eterna,
quiere arrancársela, y nota
que mientras más lo procura,
más en su pecho se ahonda,
y más se agarra y la herida
se reverdece y se encona!
Por eso clava los ojos
en la imágen dolorosa,
en el sitio en donde tiene
clavada una daga toda!

II.

En su celda solitaria
está Fray Servan de Rojas,
inmóvil como un espectro,
triste como la memoria

del bien perdido, del ángel
que con mano cariñosa
nos acaricia y el alma,
el alma entera nos roba!
Fray Servan abre la urna
de una imágen dolorosa,
y de entre el sutíl cabello
que tras de la espalda flota
de aquel busto inanimado,
de un gran artífice obrá,
extrajo una extraña prenda,
como un medallon ó cosa
parecida, en marco de oro:
la imágen encantadora
de una muger hechicera,
que más cautiva que asombra;
como vírgen de Murillo,
como creacion portentosa
de aquel pintor que aun se agita
entre los muros de Roma:
noche los ojos, oscura
la cabellera abundosa,
y la tez como alabastro
que la luz del alba entona;
la frente como la tarde
melancólica y hermosa,
como rosas las mejillas

y los labios rosas rojas.
Tal era la imágen bella,
la miniatura asombrosa
que Fray Servan contemplaba
con la fija vista atónita,
con el alma de rodillas,
toda el alma, toda absorta;
toda en recuerdos hundida,
y bañada en llanto toda!!

III.

Sobre un lecho, agonizante
está Fray Servan de Rojas
pálido como la muerte
que con mano fria toca
la frente, que guardó tantas
ilusiones seductoras;
y aquél corazon que tanto
guardára una imágen sola,
dulçe como la esperanza,
como el cielo luminosa,
inmortal como el espíritu
que de Dios su esencia toma.

La comunidad entera
está, en la celda mortuoria,
rezando por el que en breve
de esta vida irá á la otra!

IV.

Fray Servan guarda en su diestra,
contraida y temblorosa,
un objeto que en los frailes
la curiosidad provoca;
algo que mostrar no quiere,
algo que su vista anciosa,
fasina, atrae y enciende
en llamaradas fosfóricas,
como la luz de la lámpara
que, luchando con las sombras,
vá á morir y á instantes arde
fujitiva y poderosa.
En vano arrancarle intentan
de entre los dedos su joya,
rígidos como el acero
tan duros como la roca.

V.

Que llega el último instante
siente Fray Servan de Rojas,

hace un esfuerzo supremo;
lleva su diestra á la boca;
se oye un beso, de otros muchos
eco de lejana nota;
abre los ojos; el cuello
sobre el noble pecho encorva,
clava las tenaz pupila
en aquella gentil copia
de la belleza mas grande
que el amor puro atesora,
y exhala el alma y la diestra
ántes tan rígida, afloja.
La comunidad se acerca,
confusa inquiere y, absorta,
sólo mira entre los dedos
del fraile muerto, la hoja
de un marfil blanco y bruñido
¡sin un perfil, ni una sombra!
Y fué que envuelta en su alma
misma, Fray Servan de Rojas,
se llevó al cielo la imágen
que era su amor y su gloria!

Mérida, Abril 3 de 1887.

———

CRISTIAN.

I.

Está Cristian de Fuenfria
con Doña Aldonza de Almeida,
en una cuadrada torre
de su antigua fortaleza.
Farfan Gonzalez de Soria
con cien peones la cerca:
el uno por atacalla,
el otro por defendella.
Farfan quiere á Doña Aldonza,
que mano y amor le niega,
y amor y mano pretende

si no de grado por fuerza.
Doña Aldonza que está sola,
Doña Aldonza que está huérfana,
busca en Cristian á quien ama,
consuelo, ayuda y defensa;
y Don Cristian que la adora
la encierra en su alma y la encierra
en una cuadrada torre·
de su antigua fortaleza!

II.

Nada mas treinta peones
tiene Cristian y con treinta
vencer no puede al de Soria
desde sus rotas almenas.
Quince dias van corridos
y no hay á la lucha tregua,
y se merman los de adentro,
y se merman los de afuera;
pero ni merman los celos
ni el amor adiente merma,
que vida á sus propias vidas
le dan las vidas agenas,

y sus llamas que se apagan,
nueva llama á sus hogueras:
¡que hasta de la muerte misma
medra el amor su existencia!

III.

Y era una lúgubre noche
por lo triste y por lo negra,
y uno al pié de la muralla
y otro desde su obra-muerta,
están hablando dos hombres
con voz enconada, seca;
y no tienen mas testigos
las palabras de sus lenguas,
que Dios, que todo lo escucha,
las sombras de las tinieblas,
y el viento que se las trae
y el viento que se las lleva!
—Juro á Dios que he de tomarla.
— Tomarás sus duras piedras,
y los sombrios cadáveres
de mis soldados con ellas!
--Pero y tú....
—Tambien el mio

V.

—Cardeña!
—Señor.
—Ya es hora.
¡Llegó la hora suprema!
Ni tú ni yo viviremos
mañana, cuando amanezca!
—¿Qué le digo á Doña Aldonza?
—Que hoy he muerto en la pelea;
que no en vano lloró tanto,
al hundirse en las tinieblas
el triste sol de esta tarde
que se llevó mi existencia!
Dile que morí luchando
por su amor, por su belleza;
que por ella lo dí todo....
¡como que todo era ella!
Y aunque vivo así me ves,
estoy muerto ya Cardeña,
y muerto, así, saber quiero
que hará, cuando ella lo sepa.
Dile que con seis soldados,
vas á defender la puerta
de este castillo.... ¡no más
que esos soldados nos quedan!

tambien el mio te espera....
—Pero el cadáver de Aldonza....
Aguarda... escucha... ¿Qué intentas?
Oye, Cristian, oye, ¿no oyes!"
Pero Cristian no contesta.
Cristian se ha vuelto á su torre,
de amor ébrio; el alma llena
de esperanzas malogradas,
de malogradas promezas:
balbutiendo unas palabras,
ecos de su honda tristeza,
de su impotencia y su rabia,
de su despecho y su pena!

VI.

¿Qué hará Aldonza cuando caiga?
¿Qué hará Aldonza cuando él muera?
Pensando en esto, al portillo
de su vieja torre llega.
—Paje, grita, mi buen paje!
Y se aparece Cardeña,
su pajecillo, en quien tiene
confianza absoluta y ciega.

Que es imposible vencer....
Que sucumbir es de fuerza,
que ya á la fuerza es inútil
oponerle resistencia.....
Dile que vendrá el de Soria,
dile que, si se la entregas,
que si has de entregarla viva....
ó si has de entregarla muerta/....
—Si dice que viva....
—Entonces
si dice que «viva» déjala.
—Si dice que muerta....
—Entonces
en su seno esta arma entierra;
de un solo golpe, hasta el pomo,
rápido, que no padezca;
no le des tiempo á que enjugue
el llanto que por mí vierta.»—
Y al decir esto, Cristian
se limpió con mano trémula
una lágrima, y su daga.
desnuda, entregó á Cardeña.

VI.

Quedó sólo, quedó mudo
como si fuese de piedra.....

Poco despues oyó pasos....
Despues asomó Cardeña....
Cardeña le dá el acero....
Cristian lo toma y lo besa.
¡Estaba tinto hasta el pomo
de sangre.... ¡Sangre que humea!
—Vamos, murmura Cristian,
mis soldados!..... los que quedan."—
En seguida del castillo.
se abrió la vetusta puerta,
y sobre siete cadáveres,
con las lanzas en las diestras,
el de Soria y sus peones
entraron hasta noventa....
¡Hasta la torre cuadrada
de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.

ESPERANZA.

I.

“En vago tropel las nubes,
del manso viento empujadas,
sobre la faz de la luna
se arremolinan y pasan.
Parecen palomas negras,
parecen palomas blancas,
que ya sus alas confunden,
que ya separan sus alas,
que, ó velándolo del todo,
ó en partes, van dispersadas,
en el lago azul del cielo
cercando el bajel de plata.
En el cielo de mi dicha
tal así, las esperanzas,

velan á veces, Rodrigo,
las ilusiones de mi alma;
y otras, en el lago inmenso
de un horizonte sin playas,
siempre azul, sereno y claro,
cercando tu imágen pasan.
=¿Cuándo vienes? ¡ojalá
pudieras venir mañana!
¿Qué cosa estarás pensando
mientras te escribo esta carta?
Cualquiera lejano acento
que á mi oido en las ráfagas
del aire llega, parece
que me trae tus palabras.
Se me figura tu sombra
cualquiera sombra que pasa,
¡y cada estrella que miro
me devuelve tu mirada!
Si la noche de mi vida
es una noche sin alba,
¿por qué no vienen tus ojos
con su luz á iluminarla?
¿Y ha de ser siempre lo mismo?
¿No tienen fin las desgracias?
¿Estos duelos no terminan
y estas cuitas no se acaban?
Ay! cuando vuelvas á verme,

si me amas como me amabas,
te vá á dar miedo, Rodrigo
la palidez de mi cara.
Te van á espantar mis ojos,
con estas sombras moradas,
tal vez porque entre las sombras
por ti de llorar se hartan!
Tal vez...... oiré lo que digas
cuando te cuente mis ancias,
y te refiera Rodrigo
lo que de noche me pasa.
¡Si supieras!...... Duermo poco,
y á veces no duermo nada;
pues cuando duermo parece
que tengo despierta el alma.
Porque sigue el sufrimiento,
porque te llamo y te callas,
porque mi cerebro piensa,
y porque mis labios hablan,
porque me acosa la idea
de que á tus promesas faltas,
de que por otra me olvidas
y de que ya no me amas.
Y entonces, Rodrigo, entonces
ya no es que estoy desvelada
ni durmiendo...... entonces creo
que tengo encima la lápida

de mi sepulcro, que vivo
muerta y mi espíritu vaga,
en el mundo de los muertos
con mis muertas esperanzas!
Ya ves Rodrigo: la luna
que, al comenzar esta carta,
en un tropel iba envuelta
de nubes negras y blancas,
no tan bella como dices;
pero como yo tan pálida,
en el limpio azul del cielo
brilla hermosa y solitaria!
Sin nubes.... ¿Entiendes?=Eso
¿será buen augurío? Basta.
Quiera Dios que no me maten
mi dolor y tu tardanza.
que solo sueño, Rodrigo,
con cañones y con balas.
Ven pronto.. Adios.. no me olvides,
que no te olvida,

Esperanza.»

II.

Al pié de un fuerte reducto,
mal recostado en las ancas

de un corcel de guerra: cuando
el sol del zenit bajaba,
el capitan de unos tercios,
colocados en batalla,
triste y trémulo leía
por la teroera ó la cuarta
ocasion, estos renglones;
y se enjugaba una lágrima,
ó dejaba que cayese
sobre el puño de la espada.

III.

Sonó el clarin del combate
cuando Rodrigo de Praga,
daba un beso á aquellas letras
que trazó una mano blanca;
aquella mano querida,
aquella mano adorada,
que por él enjuga, sólo,
torrentes de amargas lágrimas
Rodrigo la carta esconde,
monta, en los hijares clava
del corcel la aguda espuela,
y á la lucha se avalanza.

IV.

Negros girones de nubes
como flotantes fantasmas
que las lüengas vestiduras
en los espacios desgarran;
que las melenas sacuden,
irzútas y destrenzadas,
que ya tendiéndose vuelan,
que ya en gigantes cabalgan,
y allá léjos se deshacen,
por el viento arrebatadas,
la luz de la luna encienden,
la luz de la luna apagan;
la misma luz que otro tiempo
fué de sus venturas lámpara,
vierte su luz melancólica
sobre Rodrigo de Praga,
que en medio de los revueltos
despojos de la matanza,
yace, bañado en su sangre,
que aun de la ancha herida mana.
Bella cruza ante su vista
la imágen de su esperanza;
la va á perder para siempre,
no ha de volver á mirarla!

V.

— "Qué triste es morir tan solo,
que triste es morir, exclama,
sin escuchar el gemido
siquiera, de mi adorada!
Qué te hice yo, suerte impía,
y ella que hizo, suerte ingrata,
para que fueras conmigo
y con ella despiadada?
¿Por qué de la ausencia eterna,
el imposible levantas,
y con tu beso de muerte
para siempre nos apartas?

Sintió Rodrigo en su pecho
caer una inmenza lágrima,
y como en la mar, en ella
sintió que se ahogaba su alma!

VI.

Ténues nubes vaporosas,
copos de espinas rizadas,

sutíles ondas de humo,
encajes de filigrana
de sombras crepusculares,
girones de leves gazas
en derredor de la luna
ya se mezclan, ya se apartan,
un melancólico rayo
penetra en una ventana
y hendiendo la sombra oscura
sobre un lecho se dilata,
y allí el confuso contorno
de una humana forma traza
mal dibujando las líneas
sobre las sábanas blancas....
pálida vírgen que al mundo
de la bienaventuranza
tornas los ojos marchitos
que ya de llorar se cansan,
deja en el huérfano lecho
los lienzos que te amortajan,
esconde en la sepultura
tu belleza inmaculada.
y al cielo, sobre esas nubes
encúmbrate, que te aguardan
tus celestes ilusiones!
tus celestes esperanzas!

VII.

Murió y al morir sus lábios
dijeron estas palabras:
—¿En qué pensará Rodrigo
que no contesta mi carta?

Mérida, Marzo 22 de 1883.

JOFRE LOSCOS.

I.

En un oscuro aposento
inmóvil y silencioso,
sentado en una poltrona
está el viejo Jofre Loscos.
No lejos de él en un ancho
sitial, doblado el airoso
busto, como la flexible
rama de huracán al soplo,
como en su tallo caida
la flor; escondido el rostro
entre los brazos, que cuelgan
cruzados con abandono,
está una dama, muy jóven
segun lo negro y copioso

del cabello; por lo esbelto
de la espalda y de los hombros,
por lo suave y por lo puro
en las líneas y en los tonos
de sus manos bellas, blancas
como el jazmin de los trópicos.
Jofre lá vé con ternura
que es su nieta, su tesoro,
y al mirarla de su pecho
se escapa un débil sollozo.

II.

—¡María, María exclama
al fin Jofre, en blando tono,
y alzó María la frente,
y abrió María los ojos.
Frente y ojos como el ébano
y el mármol, cuando uno y otro
están juntos y es lo blanco
y es lo negro mas hermoso.
—María"
—Padre
—Qué tienes?

—Es un malestar tan hondo,
que siento que no respiro
que siento que me sofoco.
—Sal, María
—Es que no puedo.
—En un tiempo
—El tiempo es otro.
=Has un esfuerzo
—Imposible.
—Busca el aire
—El aire es poco.
—Busca tus flores,
—Mis flores
murieron con el otoño,
y ó volaron con el viento
ó se hundieron en el polvo.
—Dime que tienes María,
=Qué tengo, padre? Conozco
que voy á morirme.....
—Calla!....
—¡Que voy á morirme pronto!
—¿Morirte?
—De pena muero,
—¿Qué te hace falta, si en torno
todo lo tienes......
—Es, padre,
que me lo robaron todo.

—Amaste, hija mia, amaste....
—Y fué amor tan poderoso
y en colmarme de venturas
fué tan grande y fué tan pródigo,
que al arrancarme en un dia
el destino mi tesoro,
se llevó mis ilusiones
mis esperanzas y todo!
Aire sobra y no le tengo,
sobra luz y el mundo es lóbrego,
siento nubes en mi frente,
siento sombras en mis ojos,
siento, porque no lo veo,
siento, porque no lo toco,
que hay un sér como un fantasma
impalpable y vaporoso,
que en torno de mí se agita
que me llama y le respondo,
y si le llamo parece
que huye con semblante torvo.
Que vuelve; que me persigue
que llora cuando en el colmo
del placer sueño que vivo....
¡y se rié cuando lloro!
Y es él, padre, es él; el mismo
Pedro de Mena, el hermoso
mancebo, aquel que me dijo....

no sé qué me dijo..... todos
mis placeres de otros tiempos,
mis recuerdos cariñosos
las flores, mis compañeras,
y los libros mis tesoros;
el cielo que era mi encanto;
las estrellas mi alboroso,
el arpa que me compraste....
Todo, todo, todo, todo,
lo olvidé por lo que dijo
Pedro de Mena y que aun oigo
que está en mi oido sonando
con acento melodioso.
—Dónde está Pedro de Mena?
gritó con acento ronco
de pié y temblando y sombrio
el anciano Jofre Loscos.
—¿Dónde está? ¿dónde? María
contesta.
—Padre, lo ignoro.
Está en mi pecho, en mi alma,
en donde estamos nosotros.
Huyó!...... me olvidó por otra,
por otra, padre, y aun vivo....
Ya lo ves, el tiempo es otro!
Cayó el viejo en su poltrona
lo mismo que herido tronco

por el rayo y apoyando
en sus rodillas los codos,
despues de lanzar del pecho
como un rugido un sollozo,
entre sus manos, mas pálidas
que el marfil, ocultó el rostro.

III.

En una hermosa capilla
de paños negros cubierta,
con un altar en el fondo
donde arde un blandon de cera
con un grande mausoleo
labrado de parda piedra
con un sencillo epitafio
y una cruz, á la derecha,
está sentado un anciano
en una poltrona vieja,
y cerca de él de rodillas
grave y sombría una dueña.
Los dos una cosa misma
en sus pensamientos piensan,
los dos en silencio lloran,
los dos en silencio rezan.

IV.

Los dos alzáronse á un tiempo
y á un tiempo á la negra puerta
del mausoleo llegaron
con marcha pesada y lenta.
— Abre, Inés, murmuró Jofre.
Y abrió Inés la puerta negra,
y entró Jofre en el sepulcro
donde dormia su nieta.
Acércate, Inés, escucha,
y entró Inés á la desierta
bóveda del mausoleo
casi envuelta en las tinieblas.
—Repítelo en este sitio
has visto á Pedro de Mena
al mismo, Pedro, esta tarde
en el átrio de la Iglesia?
—Le ví—dijo Inés: con sorda
voz y perceptible apenas.
¡Y se oyó como un gemido
en el fondo de la tierra!
—Te dijo al morir, María,
que buscaras al de Mena
y que en su nombre le habláras
y á este sitio le trajeras?

—Así al morir me lo dijo:
que fué de Pedro promesa,
buscarla viva, en su casa,
buscarla en su tumba muerta.
Y pues murió de dolor
la infortunada doncella,
aquí que acuda á la cita.
Vé, Inés, por Pedro de Mena.
Salió Inés, trás ella Jofre
salió, quedóse en la puerta,
¡y se oyó como un gemido
en el fondo de la tierra!

V.

Oyó Jofre pasos lejos;
oyó despues pasos cerca,
y entraron á la capilla
un mancebo y una dueña.
Abrió mas la puerta Jofre
y oculto quedó tras ella,
y tomó Inés para guiarle
al mancebo de la diestra.
—Venid... dijo... aquí D. Pedro

os dió la cita primera....
Tambien os guié de la mano
en esa vez como en ésta.
Vestido todo de negro,
sin temor, tal vez con pena,
con la mirada muy dulce
á veces, y á veces fiera,
pálido el rostro moreno,
y el pecho oscuro y la espesa
barba y el bigote, largos
á la usanza de la época,
avanzó, puesta en el puño
de la espada la siniestra
mano, con tranquilo paso
y lento Pedro de Mena.

VI.

—Dónde está? dijo D. Pedro
—Allí.... murmuró la dueña,
y entró D. Pedro resuelto
á la bóveda desierta.
Oyóse un tercer gemido
en el fondo de la tierra,

y luego el golpe sonoro
que hace el que caer se deja
de rodillas en el suelo,
cuando hay una cripta hueca
debajo de las rodillas
y encima de la conciencia!
Despues oyeron; Inés
y D. Jofre, como esas
lejanas voces que suelen
oir, tal vez los que sueñan;
cuàndo todo calla y duerme,
cuando al rozar las tinieblas
con las tinieblas parece
que al alejarse se quejan....
Luego oyó distinto claro
D. Jofre hablar á su nieta,
que le dijo: "cierra, padre,
cierra ya la puerta ¡cierra!

Inés cayó de rodillas,
cerró D. Jofre la puerta,
y en el altar sobre el ára
se apagó el blandon de cera.

Mérida, Abril 14 de 1883.

EDUWIGIS.

I.

Sobre el negror de la noche
sus vagos sutiles velos
la pálida luz del alba
va tendiendo trecho á trecho,
sobre los campos del cielo,
donde están los horizontes
y donde están los luceros!
Todo es silencio en la playa,
todo es en la mar silencio,
y es el rumor de las olas
como un suspiro del viento!
Sólo desde la ribera,
en lontananza, á lo lejos,
se mira como un fantasma

casi blanco, casi negro,
mal envuelto entre la bruma
de un bergantin al bosquejo
yá con las lonas hinchadas,
tirantes los aparejos
moviéndose lado á lado
con un dulce movimiento,
como si estuviera libre,
como si estuviera suelto!
Fija la vista en el agua
que está sus plantas lamiendo,
está una hermosa doncella
mas hermosa que un ensueño;
tiene en gajos el oscuro
y destrenzado cabello,
dado á los besos del aura
dado á los besos del céfiro;
y tiene dada á su frente
al arpon de un pensamiento
y su pecho á los suspiros
que se lo desgarran dentro,
y sus ojos y sus párpados
á sus lágrimas de fuego,
que sus mejillas abrasan
conforme se van cayendo,
cayendo sobre los lábios
de coral húmedo y terso

donde la palabra espira,
donde espira hasta el àliento,
porque están como la playa
y como el mar, en silencio!

III.

Más junto de la doncella
se vé un hombre y se oye un eco,
un hombre que está llorando
y un eco que está gimiendo!
Un cuerpo que es corazon,
una voz que es sentimiento,
dulce, armoniosa, sencilla,
llena de amor y misterio;
como querella de ave
que está llorando á su dueño,
que llora de enamorada,
porque es llorar su consuelo;
voz del alma, un cantò, un himno,
lánguido sollozo tierno,
rumor de plumas que llevan
léves ráfagas del viento
que azotan las cuerdas de oro

de liras de bardos muertos,
que están cubiertas de polvo,
de polvo de cementerios,
polvo de flores marchitas,
polvo de tristes recuerdos,
polvo de falsas promesas
y desengaños funestos!....
Voz del alma; un himno, un canto,
rumor de brisa, ligero,
desprendido de las ondas
que dan un último beso
á la espuma que las cubre,
que las envuelve muriendo,
cuando es para ellas sepulcro
la arena que juzgan lecho!

IV.

—"Llegó el momento, Eduwigis,
ya lo ves; llegó el momento;
¡ojalá que no llegaran
los que han de ser como éstos!
¡Cómo es el andar del hombre,
cómo es el andar del tiempo,

que siempre nos encontramos
por mas despacio que andemos!....
¡Qué paz en estas alturas!
Qué tristeza en nuestros pechos!
¡Todo tranquilo allá arriba,
aquí abajo todo inquieto!
Nunca te olvides de mí,
de tu Márcos, de tu siervo;
del único á quien besaste
con esos lábios tan bellos!
Cuando mires una sombra,
dále formas con mi cuerpo
y has que á mí se parezca
si es que me sigues queriendo;
cuando tengas una idea,
dále con mis pensamientos
forma y color si es que siempre
sigo siendo tu embeleso!....
Si me olvidas, Eduwigis,
si te olvidas de tu dueño,
si te olvidas de mi amor,
si olvidas tus juramentos,
olvídate, por piedad,
hasta del nombre que tengo;
que no te perdonaría
la ofensá de tu recuerdo!....
No me olvides, no me olvides

si es que soy tu amor primero;
pero si no soy el único
quiero que me olvides presto;
borra mi imagen del alma,
bórrala del pensamiento,
y borra hasta los borrones
con que me borres.... No quiero
ni la sombra de mi sombra
ni de esa sombra el ensueño
ni de que soñaste un dia
con mi amor y con mis besos!
Adios, mi bien, mi tesoro,
adios, mi ardiente embeleso,
junta tu frente á mi frente,
y pues que tu alma me llevo,
toma el alma que te doy
porque toda te la dejo!....

V.

Un instante nada se oye....
—Y si no vuelves?
—Sí vuelvo.
—¿Y si no vuelves?
—Entonces
será señal de que he muerto!

VI.

Del bote que lleva á Márcos
mira Eduwigis los remos;
los vé que salen del agua,
y le golpean el seno,
y le salpican el rostro;....
¡Y es el golpear de su pecho,
y es el agua de su llanto,
como la del màr inmenso,
salobre, amargo, ardoroso,
y, de más á más eterno!
¿Porqué no se paralizan
los brazos de los remeros,
y entre el bergantin y el bote
no abre murallas el viento?
Ya vé Eduwigis, no más,
casi blanco, casi negro,
aquél extraño fantasma
mal entre brumas envuelto,
que se vá porque ya es libre,
que se vá porque está suelto!

VII.

Pasa un año y otro, y otros
pasan, como pasa el tiempo,

para los dichosos, rápido,
y para los tristes, lento!
¡Qué lentamente se mueven,
nave del amor, tus remos,
cuando el dolor paraliza
los brazos de tus remeros!
Espera en vano Eduwigis,
al fin, un día, el exceso
de la pena le arrebata
la luz del entendimiento.
Que tinieblas la rodean....!
¡Cómo esta el negror de espeso
en esos campos que ván
cruzando sus pensamientos!
Todo es silencio en la playa,
todo es en el mar silencio....
Clava en las ondas sombrías
los ojos negros y tercos,
y mira, como un fantasma
casi blanco, casi negro,
mal envuelto entre la bruma
de un bergantin, el bosquejo
Le vé las lonas hinchadas,
tirantes los aparejos,
y lo vé que vá á lo largo
de la costa andando léjos;
y ella entónces de la orilla

á lo largo va siguiendo....
¡Vá siguiendo aquella hermosa
ilusion de sus ensueños!

VIII.

¡Cómo corre el bergantin,
y ella, cómo va corriendo;
él en el desierto azul,
ella en el blanco desierto!
El delante: ¡la ilusion!
Ella detras: ¡el deseo
entre sus alas doradas
se la lleva como el viento!
¡Qué lejos están los dos,
qué lejos están del puerto!
La nave sigue.... ¡no pára!
ella pára, y cae al suelo!.....
¡Quién vá á buscar una nave
en ese mar de los sueños!....
¡Y quién vá á desenterrar
de la arena un esqueleto!

Mérida, Mayo 6 de 1885.

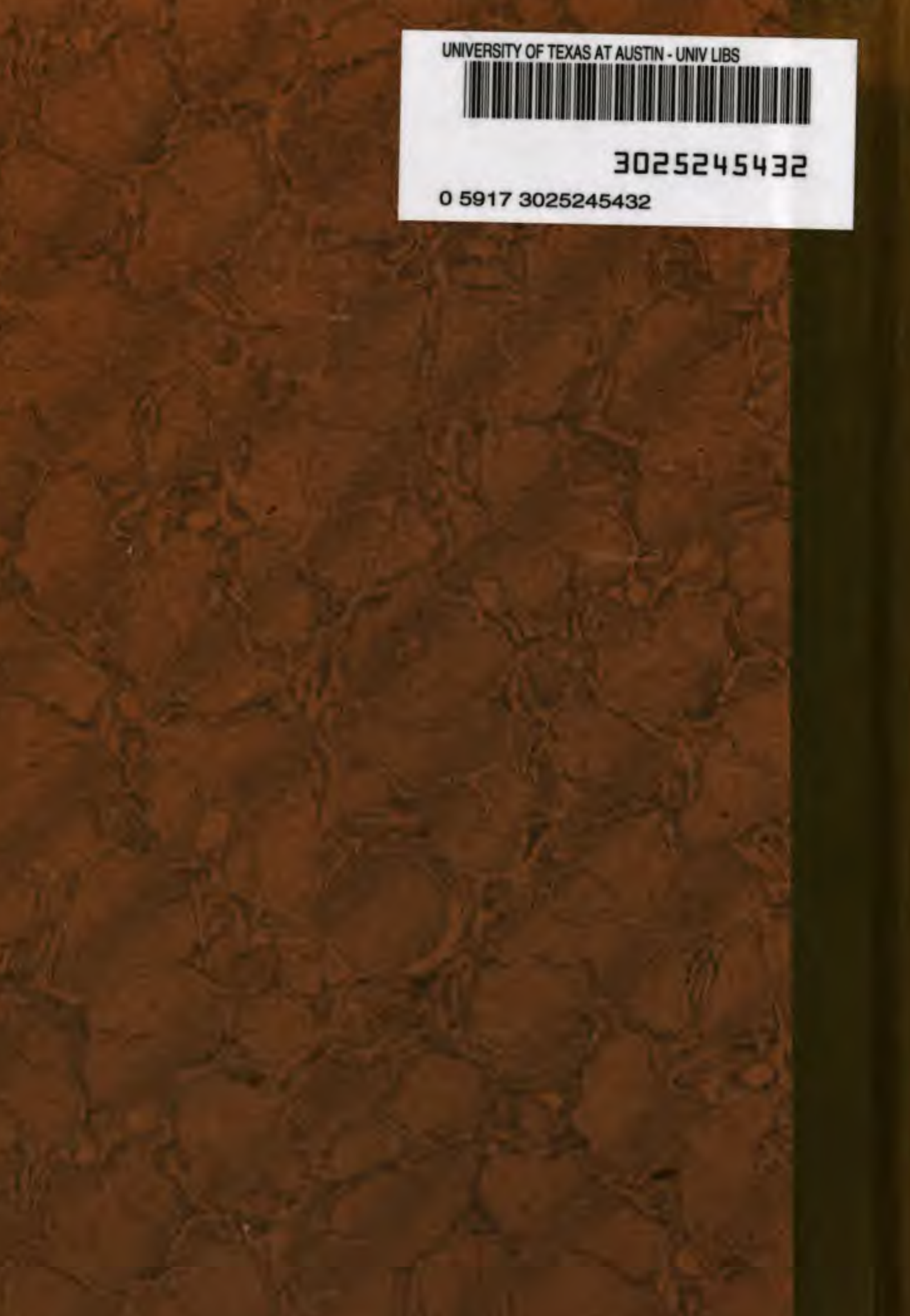
INDICE.

Págs.

FE DE ERRATAS.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
VIII.	19.	Leanse	Léanse
XIII.	6.	dia	día
2.	1.	sombria	sombría
2.	17.	algun	algún
4.	20.	dia	día
52.	6.	dia	día
53.	20.	alborosa-dos	alboro-zados
91.	12.	prodigo	prodigio
91.	14.	sombrio	sombrío
94.	5,	corra	corta
97.	12.	fasina	fascina
98.	7.	las	la
101.	23. pasa á la		
102.	1.		
102.	14.	VI.	V.
102.	22 pasa á la		
103.	2.		
103.	1.	V.	VI.
103.	25 pasa á la		
104.	10.		
109.	9.	ancías	ansías
5.	13.	tambien	también
111.	19.	lagrimas	lágrimas,
113.	20.	espinas.	espumas
119.	17.	Maria,	María?
120.	1.	amaste...	amaste?..


Makers
Syracuse, N. Y.


UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025245432
0 5917 3025245432